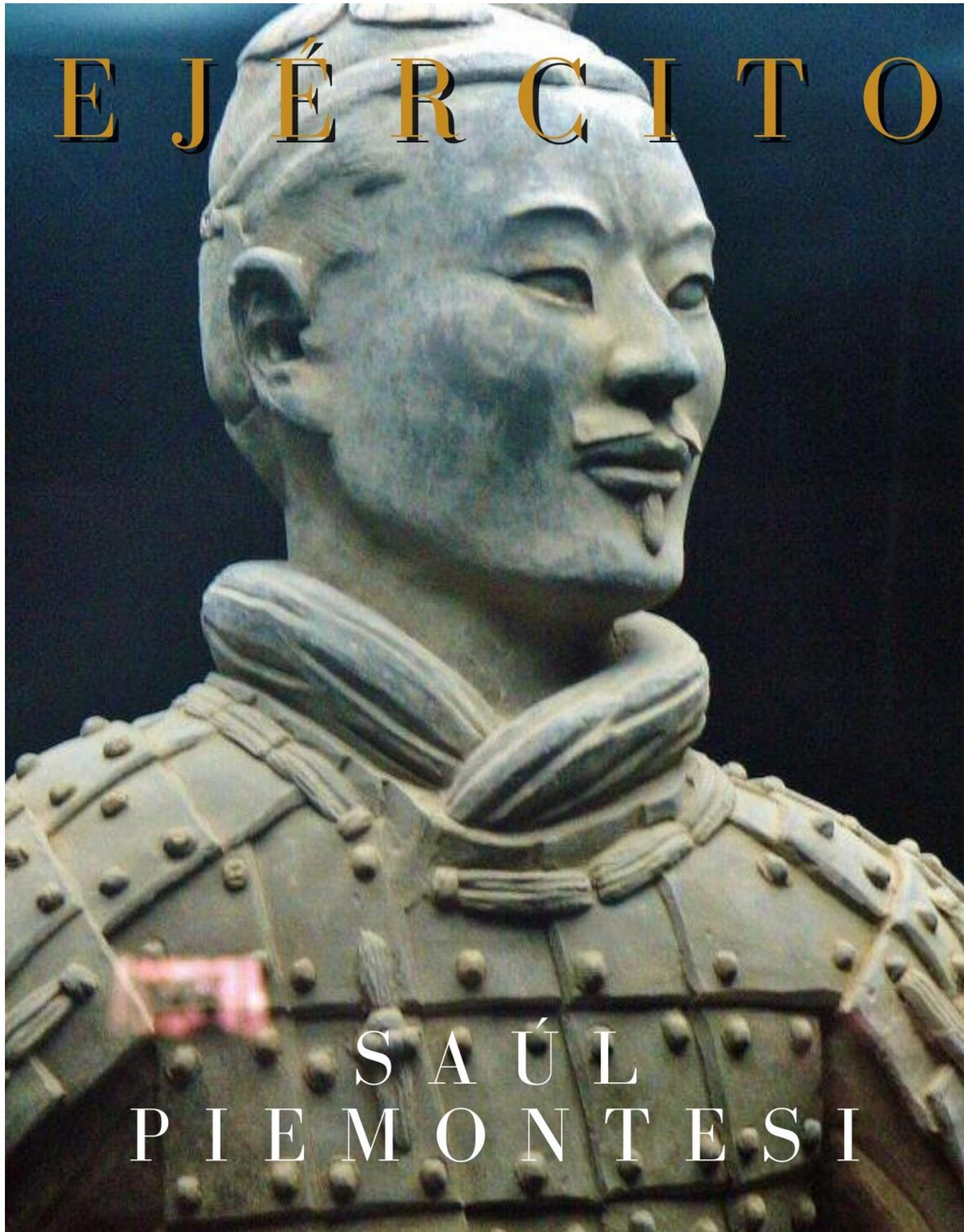


Ejército

Saúl Piemontesi



Capítulo 1

Ejército

Ya era noche avanzada cuando Marcos encontró la entrada al corazón de la montaña escondida detrás de uno de los innumerables grupos de arbustos que pintaban de verde la ladera occidental. Era un círculo irregular de algo más de un metro de diámetro que, si no fuera por el conocimiento del hombre sobre lo que estaba buscando, podría fácilmente haberse mantenido oculto por siglos. El explorador aseguró su escopeta en una correa de su mochila y palpó sus cuchillos en un gesto automático e inconsciente que le dio tranquilidad. Iluminó con su linterna y descubrió los primeros metros de un pasadizo recto que algo más adelante comenzaba un leve descenso hacia la derecha. Cruzó la entrada apoyado en codos y rodillas y avanzó durante casi diez minutos en esa misma posición, nervioso y entusiasmado, sin sentir ninguna molestia o dolor. El túnel no tenía salidas laterales y el suelo era firme y regular. Cada unos cuantos segundos encendía la linterna para conocer lo que venía delante y la volvía a apagar para ahorrar batería. Cada vez que lo hacía iluminaba un segmento igual de camino al que ya hubiera transitado y nada más. El túnel finalizaba bruscamente luego de un tramo de cincuenta metros que seguía a una curva hacia la izquierda. Allí se extendía un gran espacio circular en el que cabían cómodamente unas cien personas de pie. Estudió las paredes lisas por varios minutos buscando una forma de avanzar pero parecía haber llegado al fin del camino. Acudió a su libro de notas y leyó varios pasajes, cerró los ojos para concentrarse y encontró la solución en el fondo de su mente. Caminó hacia adelante apenas iluminado por el haz de luz de su linterna, que atravesaba polvo en suspensión y era más opaco que antes. En la pared completamente lisa había sólo una minúscula saliente, tan pequeña como un grano de arroz que tardó algunos minutos en encontrar, recorriendo con mucho cuidado la superficie con su mano abierta. Cuando la presionó oyó un chasquido y un sector del muro comenzó a deslizarse para atrás, dando lentamente paso hacia un nuevo pasaje, ancho y muy alto por el que podía caminar con comodidad. Marcos sonrió al ver antorchas en las paredes. Tomó un pedazo de trapo, alcohol y fósforos de su mochila y encendió una. La nueva luz lo acompañó durante un largo trayecto en el que sólo tuvo un sobresalto: el sendero se interrumpía abruptamente en una grieta que cruzaba de pared a pared y se extendía adelante por algunos metros. Levantó la antorcha sobre su cabeza para iluminar la otra orilla y luego se arrodilló para explorar el interior del pozo. Era tan profundo que no se le veía el fin. Arrojó la mochila al otro lado (no sin esfuerzo) y luego de dudar unos segundos, también la antorcha, que cayó dando algunos rebotes más lejos de dónde él esperaba y que casi se apaga por el golpe de aire. De este lado de la grieta ya no se veía el borde opuesto. Tomó carrera y tuvo que saltar casi a ciegas, conteniendo la respiración y con su rostro llenó de transpiración. Aterrizó en suelo firme pero por un terrible

momento, mientras estaba en el aire, sintió que no lo lograría. Alzó mochila y antorcha y siguió camino. Unos treinta minutos más tarde y luego de transitar por terreno empinado la mayor parte del trayecto, llegó al lugar que estaba deseando y por el que su corazón latía más fuerte que nunca.

El salón escondido no era más que una bóveda inmensa y oscura tallada en la misma piedra de la montaña. El suelo era de roca pulida y brillaba al suave resplandor de la antorcha del cazador. El hombre se adentró lentamente conteniendo la emoción por el gran descubrimiento. Cada paso que daba con sus pesadas botas llenaba la cueva con un sonido lúgubre y atronador. Hacía un calor seco que lo sorprendió: esperaba humedad. El brillo del piso le permitió ver sólo algunos detalles de lo que había al frente y a su alrededor. El fuego de la antorcha iluminaba a no más de dos pasos, como si la oscuridad encerrara a la luz para protegerse. Movi6 su brazo de lado a lado dejando ver por pocos segundos lo que había junto al pasillo: un ejército de soldados de terracota vestidos con armaduras samurai de metal negro y cuero rojo. Estaban sentados sobre largos bancos de arcilla en filas de a diez y cada figura, del tamaño de un hombre de mediana estatura, sostenía frente a sí, apoyada la punta en el suelo, una gran espada ligeramente curva de mango negro rematado por un pequeño diamante. Con sus cabezas ligeramente inclinadas hacia arriba parecían feligreses en una misa imposible. Vio este espectáculo a izquierda y derecha del pasillo. Caminó veinte pasos y se topó de frente con un inmenso pedestal tallado en la misma pared de roca sobre el que reposaba una figura gigante de buda. A diferencia de los soldados, ésta mostraba los ojos cerrados y una ligera sonrisa en el rostro.

El aventurero estaba maravillado. Era más de lo que esperaba encontrar: la leyenda del ejército de la montaña era cierta, al menos en la parte que él consideraba podía ser real. La supuesta existencia de tal tesoro arqueológico estaba narrada en cientos de escritos tan diferentes entre sí que parecía imposible poder confirmarla. Cada autor lo ubicaba en un lugar diferente y con referencias tan vagas que la intención parecía ser que nunca se encontrara. Pero Marcos sabía buscar. Lo inverosímil era la leyenda detrás de los soldados de terracota: se decía que se habían levantado en armas contra su propio emperador y éste, versado en magia negra, los había confinado a una vigilia eterna de lo que era, en ese entonces, su santuario particular en el centro de la montaña. Allí habrían de permanecer eternamente en forma de barro y no habría reposo para sus almas traidoras.

Recordar la historia en medio de ese templo oscuro y lúgubre, caminando entre filas incesantes de figuras de gesto serio y terrible le dio al explorador un escalofrío que casi dobla su espalda. Ahora le parecía que los ojos de los soldados lo seguían a todos lados mientras seguía descubriendo detalles del salón con la luz menguante de su antorcha. Se

sentía un intruso profanando un templo sagrado. Dentro de sí comenzó una lucha entre un miedo irracional y profundo y su alegría por la hazaña de haber llegado donde estaba seguro nunca nadie lo había hecho. Caminaba entre las filas de soldados y se detenía por momentos a contemplar los detalles de sus trajes, los diamantes apagados de sus sables y su gesto desafiante y triste a la vez. *iQué increíble obra de arte!, pensó. Tanta realidad moldeada del barro. El artista de semejante creación es lo más parecido a la existencia de un dios que jamás ha de haber.*

La antorcha comenzó a quedarse sin combustible y en un par de segundos el lugar estuvo completamente oscuro de nuevo. Marcos puso rodilla en piso y se quitó la mochila. Envolvió la punta de la madera con otro trapo y lo roció con alcohol. Encendió un fósforo pero su llama se ladeó y desapareció dejando un fino hilo de humo gris. Lo mismo ocurrió con el segundo. Y con el tercero. ¿Qué estaba pasando? Había oxígeno suficiente y el aire estaba inmóvil. Esa sensación inquietante que aun sobrevivía en su mente comenzó a ocupar más espacio que la emoción del descubrimiento. De pronto deseaba no estar solo en esa terrible oscuridad. Lo golpeó la idea de que quizás no había persona en el mundo que en este momento estuviera más alejada de la civilización que él. Con manos temblorosas encendió un cuarto fósforo y tuvo el mismo resultado. *Soy un idiota. ¿A qué le tengo miedo? ¿A figuras de barro?* Y esbozó una amplia sonrisa que no concordaba con sus ojos asustados y vigilantes. Maldijo en voz baja, casi susurrando, como si temiera despertar a los soldados de terracota.

Lo mismo le habría valido al explorador gritar a todo pulmón porque los soldados ya estaban despiertos y Marcos pudo verlos a su alrededor cuando la llama del quinto fósforo llegó a destino y la antorcha devolvió algo de claridad. Estaban de pie formando un círculo perfecto a pocos pasos de donde se encontraba. Lo miraban fijamente con esos ojos malditos y mantenían la punta de los sables apoyados en el piso.

Su cerebro intentó encontrar una explicación y como el más poderoso procesador de datos comenzó a ensayar miles de respuestas, pero todas eran descartadas un segundo después. Cuando no tuvo más opciones recurrió a lo último que le quedaba: ocupar sus pensamientos en encontrar la forma de salir de allí. Un instante le llevó darse cuenta de que ya no podía hilvanar sus pensamientos; como si sus instintos se impusieran por sobre todas las cosas, decidió que había una sola cosa para hacer: atacar.

Con la poca cordura que le quedaba, Marcos tomó la escopeta de la mochila y se puso de pie lentamente, tratando con movimientos frenéticos de mirar a todas partes al mismo tiempo por si alguna de esas monstruosas figuras se acercaba. Sin soltar la antorcha hizo el primer disparo destrozando la cabeza de un samurái. Terminó de volverse loco

cuando vio sangre caer de la herida. Gritó y disparó otra vez, derrumbando a otros dos soldados, pero ninguno se movía. Ahora había manchas de sangre en el piso y en los cuerpos de terracota que yacían en pedazos. *Si no se mueven puedo escapar, correr, correr, correr y escapar. Correr y escapar* fueron las últimas palabras que su mente disparó. El muchacho sucumbió a las emociones y su cerebro se apagó.

Comenzó a recobrase lentamente. Le dolía la cabeza y le costaba recordar qué había ocurrido. Parecía estar despertando de una increíblemente vívida pesadilla que se diluía de a poco. Le dolían los ojos y no podía abrirlos pero aun así notó un leve resplandor a su izquierda. Sólo se oía un sonido vivaz y agradable, con algunos destellos intermitentes, como el crepitar de una hoguera pequeña; lo siguió su propia respiración. Fue ganando leve conciencia de que estaba sentado y sosteniendo algo con un brazo extendido. Cuando su mente se despejó por completo intentó levantarse pero no pudo. Ningún músculo le respondía. Podía sentir su cuerpo pero no controlarlo. Estaba sentado, ciego y al parecer había perdido la habilidad de moverse. La sola idea lo aterraba, por lo que intentó una vez más abrir los ojos. Supo entonces que sus párpados eran la única parte de su cuerpo que aun cumplía órdenes. El ardor que sentía desapareció lentamente al mismo tiempo que su vista se amoldaba a la oscuridad que encontró a su alrededor. Sólo podía mirar al frente pero lo poco que vio fue suficiente para que al explorador se le destrozara la cordura como una copa de fino cristal estrellada contra la pared.

Desde entonces Marcos, vestido con roja armadura samurái, vigila el santuario del emperador rogando morir.